

HAINUWELE
Y OTROS POEMAS



Chantal Maillard

TUSQUETS
EDITORES

Nuevos textos sagrados

Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

NOTA A LA EDICIÓN

HAINUWELE

Cita

«Si pregunto a los hombres»

«¿Y dónde está escondido tu tesoro, Hainuwele?»

«Todos tienen algún objeto precioso que ofrecer»

«Hoy atacó el guepardo»

«No es tristeza, es asombro mi llanto»

«Necesito silencio para oírte»

«Para oírte»

«He de perder las manos»

«Hoy he mirado a un hombre y él»

«Es tan penoso a veces»

«El muérdago se enreda en mis tobillos»

«De la tierra ha surgido el fuego»

«Dicen que hay ríos, muy lejos de aquí»

«Despertaron sospechas mis andares de bosque»

«Hay una libertad primera»

«Es tarde. El aire comienza a tomar»

«Brazos de yedra fría recorrieron mi piel»

«Sobre tu aliento asisto al parto de la luz»

«Un universo crece en tu saliva»

«Tus espíritus tienen multitud de lenguajes»

«En el centro de todo lo que vive»

«Pero nos deshabras»

«Quien quiera recibir el don de ser sí mismo»

«¿Y quién soy yo, Señor»

«Pues esta vida no me pertenece»

«Escucha: no necesito los ojos»

«He seguido las huellas de los lobos»

«El tiempo es una flor»

«Pocas palabras se precisan»

«Si preguntan quién soy, contesto»

«La sombra de una flor movida por el viento»

«Cayó el rayo en mis manos y no ardieron»

«Tú eres el fuego y mis manos que no arden»
 «Ayer cae la lluvia»
 «Llevo acostada largo tiempo»
 «Hainuwele ha perdido al Señor de los bosques»
 «Has esparcido en las cumbres más altas»
 «Quince soles llevaba desnudándose»
 «Puedo decir que en tus ojos descansan»
 «Qué espléndida tu sombra cuando avanzas»
 «Los ojos amarillos de los pumas ya se han...»
 «Temo llegar a acostumbrarme a lo que ven mis...»
 «Si estuvieras un día fuera de ti solamente sabrías»
 «La muerte de la que hablo es mi muerte»
 «Digo "el tiempo transcurre"»
 «Anduve por el dorso de tu mano, confiada»
 «En la novena luna se abrirá la tierra»
 «He muerto y has repartido mis miembros»

OTROS POEMAS

POEMAS A MI MUERTE

EL RÍO

Canción para Urmila, camino de Udaipur
 La muerta
 El leproso
 El buitre
 La barca de las luces
 La crecida

A LOS PIES DEL MONTE LANGTANG

«Los monjes terminaron hace tiempo de...»
 «Enséñame el camino que siguen las...»
 «Han discutido acerca del vacío»
 «Nunca mates la voz que sube de los lagos»
 «Me han condenado a morir por diez...»

POEMAS A MI MUERTE

I

II

III

IV

Del sacrificio

CONJUROS

Conjuro para atravesar las arenas movedizas
 Conjuro para decir mentiras y construir verdades
 No pondrás nombre al fuego
 Las lágrimas de Kali,

LÓGICA BORROSA

Cita
Iniciación
Juegos de magia
Intermedio
El lazo
Axis Mundi
Sin embargo

FILOSOFÍA EN LOS DÍAS CRÍTICOS

Cuenta atrás
Après moi le sommeil
Cercos
Liminae

BENARÉS

Conmigo
Chauki Ghat
El blanco
La ofrenda

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO DEL CD

CRÉDITOS

SINOPSIS

Como afirma la propia autora, los poemas que componen este volumen son todo lo que le gustaría que permaneciese de lo que quisiera considerar una primera etapa: «Hainuwele siempre ha sido, para mí, el libro más querido y el único del que nunca me arrepentí de haber escrito. Es ésta la razón por la que aparece aquí completo y sin retoques». Compuesto en el verano de 1988, en su primera y más prolongada estancia en la India, se basa en un mito de Papúa-Nueva Guinea: Hainuwele, enamorada del Señor de los bosques, habrá de perderse a sí misma para encontrarle, ofreciéndose en sacrificio. Para Chantal Maillard, «Hainuwele se construyó a sí misma, poema a poema, como lo hacen los personajes cuando se les deja abrirse camino en la escritura. Ella es mi áter ego más querido. Vive en mí aun cuando la pierdo. Para recuperarla, me basta con percibir el olor de los helechos en los bosques europeos o el sonido de las hojas secas, olfatear el viento del norte cuando llega a la costa cargado de olores...».

Los «Otros poemas» incluidos en el volumen son una selección de poesías pertenecientes a los libros escritos en esa década de regreso a España: *Poemas a mi muerte*, *Lógica borrosa* y *Conjuros*. Del mismo modo que los dos últimos libros reelaboraron fragmentos de los cuadernos *Filosofía en los días críticos*, los cuatro poemas que cierran esta obra hacen otro tanto con *Diario de Benarés*. Se salvan así las fronteras de los géneros, y se destacan los enlaces invisibles, las referencias que invitan al lector a reconstruir la trama en la que un poema es apenas el fragmento de una hebra.

Marginales 259

Nuevos textos sagrados

Colección dirigida por
Antoni Marí

Chantal Maillard

HAINUWELE
Y OTROS POEMAS

TUSQUETS
EDITORES

NOTA A LA EDICIÓN

De todos mis libros de poemas escritos en la década 1988-1999, *Hainuwele* siempre ha sido, para mí, el más querido y el único que nunca me arrepentí de haber escrito. Es ésta la razón por la que aparece aquí completo y sin retoques. Se compuso en el verano de 1988, después de una primera estancia en India, que resultó ser también la más larga y a la vuelta de la cual entré en un estado de gran retraimiento. Durante esos días, mi naturaleza, que sin duda le debe más a la tradición de los celtas y a su religiosidad druidica que a aquellas culturas del desierto que inexplicablemente hemos adoptado, se replegó hasta hallar, en su memoria antigua, algo muy familiar. Fue el latido de los bosques, y *Hainuwele*, de la que hallé entonces casualmente referencia, lo habitó de inmediato.

Según comentaba Mircea Eliade en el libro que entonces cayó en mis manos, *Hainuwele* formaría parte de un mito de creación perteneciente a los Marind-Anim de Papua Nueva Guinea. Supe después que otras fuentes lo sitúan en Ceram, una de las islas Molucas, en el mar de Banda. Sea como fuere, e independientemente de que *Hainuwele* deba su existencia al imaginario de una u otra zona de Indonesia, la verdad es que no he pretendido ubicar el relato en ningún territorio determinado. El bosque de *Hainuwele* trasciende la pertenencia a uno u otro lugar geográfico y su historia es una recreación totalmente libre del mito. La libertad, entendámonos, en lo que a tareas de creación se refiere, no es sino la que se le otorga a la imaginación para que opere con los elementos —imágenes, palabras, formas— que la propia experiencia nos proporciona. En este caso,

habida cuenta de que el libro se compuso poco después de mi estancia en Benarés, no habría motivo para extrañarse de algunas coincidencias con el pensamiento de la India, acerca del que había estado investigando. No me di cuenta, sin embargo, hasta pasados muchos años, del parecido que guarda el Señor de los bosques con Paśupati, el «Padre de las bestias», una de las personificaciones del dios Śiva. No descarto que el bosque vibrante del poemario tuviese que ver con aquel ser supremo que el śivaísmo entiende como vibración cósmica, hálito sonoro del que todos los seres son modulaciones. Es probable que esto sea la razón por la que el sacrificio de Hainuwele difiere fundamentalmente del mito indonesio, en el que la joven es enterrada viva por los hombres en una danza ritual. Aquí, en cambio, Hainuwele, enamorada del Señor de los bosques, se ofrecerá con absoluta naturalidad, perdiéndose a sí misma en el encuentro con su amado como lo haría cualquier devoto de un dios, o de la Diosa, en India. El *sacrificio*, el acto sacro, no es sino la descarga, el desasimiento de lo que en nosotros se distingue de todo lo demás, en este caso, del bosque. Es el acto último de una voluntad que deja de ser propia y entra a formar parte de la danza. Y ¿cómo no recordar aquí la función creadora, cósmica, del «Señor de la danza», Naṭarāja, (*naṭa*: danza, *rāja*: rey), otro apelativo de Śiva? Pero nos llevaría demasiado lejos tirar del hilo de este ovillo, y por demasiados vericuetos nos conduciría que, por metafísicos, van en sentido directamente opuesto a aquel al que aquí se nos invita. Estaríamos tentados de hablar de lo que llamamos «mística», y de la convergencia de todas las tradiciones en este punto. Nos alejaríamos de lo que importa.

Recreación, pues, del mito isleño. ¿Acaso la función de los mitos no es la de entregarnos símbolos activos? Y ¿qué actividad simbólica no modifica, en su movimiento, la letra del relato? Hainuwele, en verdad, no es fruto de ningún patrón cultural. Se construyó a sí misma, poema a poema, co-

mo lo hacen los personajes cuando se les deja abrirse camino en la escritura. Ella es mi *alter ego* más querido. Vive en mí aun cuando la pierdo, lo cual ocurre con frecuencia y, en el estado de confusión en el que me deja su pérdida, me conforta saber que tarde o temprano volveré a encontrarla. Para recuperarla, me basta con percibir el olor de los helechos en los bosques europeos o el sonido de las hojas secas, olfatear el viento del norte cuando llega a la costa cargado de olores o, simplemente, contemplar un animal.

Hay en el animal una inocencia que se me antoja camino de vuelta al origen. Anterior al juicio que distingue y sopesa, le procura al gesto la precisión que la razón le niega cuando se activa en territorios que no le pertenecen. Y cuánto esfuerzo le cuesta lograr un «acierto» allí donde, sin ella por guía, habría certeza. El ser humano «desarrollado» se enorgullece de los logros de su inteligencia, pero cuán torpe es, cuán pobre y desasistido cuando pretende comportarse de acuerdo con la naturaleza. Yo aprendo de un animal todo aquello que mi voluntad traba. Y aprendo, también, mi desgracia, mi inferioridad y mi condición de extraña en este mundo que no sabemos proteger lo suficiente. Contemplo, voy hacia ellas, hacia las bestias, me «abestio», *je m'abêtis*, como sugería Montaigne. Aunque para el hombre enaltecido *s'abêtir* («idiotizarse» sería la traducción de la palabra en su uso común) es rebajarse, volver al estado de salvajismo en el que, según sus teorías, estábamos al principio y en el que la carencia de leyes nos llevaría a matarnos unos a otros «sin razón». Olvida que las reglas que acorde a razones han de darse los seres humanos para convivir sin daños no son en absoluto necesarias en el reino animal. La acción de un animal, que nunca opera contra el bien de todos, no difiere de la ley natural.

La inocencia de las bestias, la aceptación incondicional por parte de cada una del lugar que ocupa en la cadena y la asunción, por otra parte, de ese ejercicio de crueldad que es, para cualquier buen entendimiento, un mundo or-

ganizado sobre el hambre en una rueda sin fin de resistencia, miedo, dolor y muerte, es para mí algo más que una lección de humildad. Chuang Tsé, cuya sabiduría era grande, refiere este consejo, que daba el Señor del Mar del Norte al Conde de los Ríos: «Procura que lo humano no destruya lo Celestial en ti; procura que lo intencional no destruya lo necesario». Para conseguirlo, para conservar lo necesario se ejercitaban los taoístas en la espontaneidad. El recogimiento (no-mente) antes de lanzar la flecha o trazar la línea con el pincel, la «*détente du tigre*», como decía Michaux aludiendo al gesto certero del tigre que salta sobre su presa, pero también la conciencia del gesto cotidiano, esos gestos que realizamos sin necesidad de que el pensamiento los anticipe. No creo equivocarme al pensar que también a ello aludían Hui-Neng y otros maestros del budismo *chan* cuando hablaban de la necesidad de hallar el «rostro original». Lo celestial, el rostro original, no es otra cosa, a mi entender, que la sabiduría de las bestias.

Los «otros poemas» incluidos en este volumen pertenecen a los distintos libros escritos en esa década (las fechas que acompañan a los títulos son las de la escritura de los poemarios, no las de sus ediciones). Es siempre mucho mayor el tributo que ha de rendir al fuego quien escribe que aquél que a la memoria se rinde con la conservación de lo escrito. El aprendizaje de la humildad al que la escritura obliga y el respeto a quienes buscan en la lectura el conocimiento o el goce que otros saberes no les aportan exige eliminar el resultado de muchos años de tentativas que no alcanzaron la madurez suficiente. Los poemas que de *Poemas a mi muerte*, *Conjurios* y *Lógica borrosa* he seleccionado para este volumen son todo lo que me gustaría que quedase —y aún son demasiados— de lo que quisiera considerar una primera etapa.

He devuelto a *Poemas a mi muerte* el orden cronológico que correspondía a sus distintas partes de acuerdo a su composición. De esta manera, y al contrario que en sus anteriores ediciones en libro, «El río» y «A los pies del Monte Langtang», compuestos, respectivamente, en Benarés y en Nepal, preceden ahora a los «Poemas a mi muerte», elaborados un año más tarde en el litoral gaditano. Al reunir estos dos conjuntos de poemas, uno escrito en India y el otro, en España, pensé mostrar dos concepciones históricamente opuestas con respecto a la muerte: la del Occidente posilustrado, que la entiende como la sombra que nos acompaña, y la oriental —india, en este caso— que la integra en el eterno periplo de la existencia. No obstante, hasta entonces, mi contacto con la muerte había sido poco más que literario. Más tarde, tendría ocasión de averiguar que lo que nos ocurre no es «la muerte» sino algo peor: la desoladora ausencia de los que nos dejan y el angustioso augurio de la propia desaparición. Las «otras culturas» aún conservan para estos asuntos más recursos que las mal llamadas poblaciones «avanzadas», y esto es lo que principalmente nos distingue.

India atravesó, de una u otra manera, todos mis escritos en esta etapa. En realidad, puede decirse que ha estado presente siempre y que lo sigue estando, y más cuanto más velada u aparentemente alejada de ella en su temática, como en el caso más reciente del tándem *Husos-Hilos*. En *Conjuros*, su aliento tomó forma de letanía con el largo poema a Kālī y en *Lógica borrosa*, ciertos poemas, como «Sin embargo», anunciaban la figura del observador del *mí* que habría de desarrollarse en los *Diarios indios* y cuya progresiva emancipación es uno de los goznes sobre los que giró mi escritura en los años posteriores e incluso diría que su razón de ser.

Lógica borrosa y *Conjuros* formaron en su momento un solo libro, no sólo en razón de su temática, sino porque ambos coinciden con la escritura de *Filosofía en los días crí-*

ticos, libro del que son deudores. En efecto, buena parte de estos poemas, entre los que se cuentan los dos anteriormente citados, son reelaboraciones de fragmentos contenidos en aquel diario. No es éste, de hecho, el único de mis cuadernos que he sometido a trasvase. Estas reiteradas apelaciones entre mis libros de poemas y mis diarios son cualquier cosa menos arbitrarias. No sólo son una manera de salvar las fronteras que denominamos «géneros», son también y sobre todo los enlaces invisibles, las referencias que invitan al lector a convertirse en detective y a realizar los gestos que le llevarán, de uno a otro libro, a reconstruir la trama en la que un poema es apenas el fragmento de una hebra.

De *Filosofía en los días críticos* rescato, además, para el presente volumen, dos poemas que no fueron incluidos en ningún poemario: «Cuenta atrás», fechado el 16 de mayo de 1996, y «Après moi le sommeil», del 11 de julio de 1997. Asimismo, libero dos fragmentos que forman parte de la segunda etapa, la cual se inicia ya en estos diarios.

Los cuatro poemas que cierran este volumen son inéditos en la forma que aquí se presentan. Se escribieron en Benarés, en una habitación desde cuya ventana se veía el Ganges. Entre la ventana y el río, en la estación seca, el barro que habían dejado las aguas al retirarse formaba una explanada que en parte servía de estercolero. El chico que servía el té y hacía los recados soltaba allí, por la mañana, a las ratas que quedaban apresadas en su trampa por la noche. Poco después venían las vacas a comerse los desperdicios, y también los perros y algún que otro mono. Luego los búfalos irrumpían, ansiosos, hacia el agua. Cuando se sumergían, yo me sentía inexplicablemente aliviada.

Necesariamente, en algún momento de la historia del observador, la mirada opera una suerte de inversión en la cual toma como objeto su propia conciencia de observador. Es éste un instante decisivo, pues la conciencia queda apresada en un juego de espejos infinitos que concluye en

la imposible identificación, para sí, de quien habla y escribe. Ésos son los límites de la mente que dice yo antes de cada verbo, el término de su indagación y la entrega de las armas. Es probable que allí, en Benarés, lo mejor de mí quedase apresado en la memoria de una percepción sonora que envolvía mi sueño como un rito de paso cotidiano, el rumor del amanecer en los ghats, aquel inolvidable murmullo de chanclas y de saris, de *mantras* y campanillas. Un simple rumor, esa huella, lo único que del mí quisiera que quedase después de la danza.

Chantal Maillard

HAINUWELE
(1988)